

El doctor Fernando

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Guillem Escriche



Fernando quería ser médico. Cuando alguien le preguntaba qué sería de mayor, él lo tenía clarísimo: sería médico, como la abuela Tere.

Quería arreglar brazos rotos, curar dolores de oído, preparar tisanas para el dolor de garganta y recetar jarabes para curar desde un resfriado hasta un ataque de tos. A Fernando le parecía que no había nada mejor en el mundo que ser médico, y por eso, desde que una mañana de Reyes encontró bajo el árbol de Navidad un maletín de doctor, se paseaba siempre por todas partes curando a todo aquel que se hacía daño.

Cada vez que su hermana Celia se hacía heridas jugando en el parque, en Fernando corría con su maletín y se plantaba a su lado.

— ¡De prisa! Debemos desinfectar la herida con agua y jabón —explicaba Fernando sacando un frasco. Después ponía una tirita para protegerla o un poquito de yodo que acababa de desinfectar.

Cuando su amigo Martín se daba un golpe en la cabeza, corría a buscar un cubito envuelto con un pañuelo y lo rozaba por la zona dolorida.

— ¡Ay! ¡Está muy frío! — Protestaba Martín.

— Aguanta un poco —explicaba Fernando—. Ya verás como así no te sale un chichón.

Incluso, un día que pasaba el fin de semana con los tíos, vio cómo su prima Carmen se quemaba al tocar una plancha caliente, y Fernando corrió a ponerle la herida bajo el agua fría del grifo.

— Ya no me duele —dijo Carmen agradecida, notando el frío del agua. Fernando se sentía feliz al saber que podía ayudar a la gente.

Todo el mundo se sentía más seguro teniendo a Fernando cerca. Siempre sabía qué debía hacer, y para ello escuchaba los consejos de la abuela Tere, que le explicaba qué no podía comer cuando tenía dolor de estómago o qué era lo mejor para detener una diarrea.

Pero un día le dio un consejo aún más importante.

— Un buen médico no es sólo aquel que cura, sino el que consigue que los pacientes no se pongan nunca enfermos —le dijo la abuela Tere.

— ¿Y cómo se hace eso? —preguntó Fernando, muerto de curiosidad.

— Enseñando a la gente a cuidarse. Que aprendan a reforzar las defensas cuando viene la época de los resfriados, hidratarse cuando hace sol, protegerse la piel con protector solar en verano en la playa, que coman bastante fruta fresca y verduras que les cuidarán el cuerpo, que duerman lo suficiente y que de vez en cuando respiren el aire puro de la montaña, sin olvidarse de hacer un poco de deporte.

— ¿Y con todo esto ya es suficiente? —preguntó Fernando.

— Eso, e intentar ser siempre feliz —respondió la abuela Tere sonriendo.



Fernando decidió no olvidar nunca aquellas palabras. De hecho, las repetía a diestro y siniestro a todo aquel que conocía.

— Toma un poco de zumo de naranja, que pronto vendrá el frío y la vitamina C va muy bien para las defensas
— le decía a su amigo Juan.

— Ponte la gorra con visera y llévate una cantimplora — le decía a Celia cuando esta salía a jugar con las amigas en la playa.

— Papá, cierra la luz y duerme. Que si no descansas, mañana no tendrás energía para trabajar.

— ¿Salimos a hacer una excursión por el Montseny? Venga, que hace mucho que no vamos a caminar.

Así cada día. Siempre insistiendo y siempre recordando a todos qué era lo que tenían que hacer para estar sanos. Pero tanto insistió, y tanto lo recordó, que la gente poco a poco se fue cansando de sus consejos.

Estaban hartos de oír que debían abrocharse los anoraks. Que si querían coger la bicicleta debían ponerse el casco. Que no podían comer tantas golosinas porque tendrían dolor de estómago. Que era mejor un poco de fruta que un chicle mordido. Tantas y tantas cosas que, al final, nadie quería hacerle caso.

— Déjanos en paz —le decían los amigos, que ya no le avisaban nunca cuando quedaban para jugar.

El pobre Fernando no entendía por qué la gente no quería que la cuidara. Él creía que ser médico era el mejor oficio del mundo, pero ahora ya no lo tenía tan claro. Poco a poco se fue quedando solo. Ni siquiera su hermana quería que la acompañara al parque, porque la avergonzaba cada vez que insistía en limpiarle las manos antes de la merienda. Nadie le hacía caso, y cada día estaba más y más triste.

— Ya no quiero ser médico —le dijo un día a la abuela Tere, ofreciéndole el maletín de doctor—. Ya no me gusta curar.

Dicho esto, Fernando huyó corriendo y se encerró en la habitación a comer todas las porquerías que encontró con las manos bien sucias. Él tampoco quería hacer caso de sus consejos, y por eso durmió con la ventana abierta, dejando que entrara el frío del invierno. Cuando se despertó, a media noche, encendió la tele y no quiso volver a descansar.

Al día siguiente, apenas podía sostenerse en pie. Le sudaba la cabeza y tenía tanto dolor de estómago que sólo quería vomitar. Apenas podía hablar, porque un dolor de garganta terrible la había dejado afónico y sentía que estaba muy enfermo.

A media mañana, la abuela Tere lo visitó y le llevó un caldo caliente de los que iban tan bien para recuperarse, y un jarabe que le ayudaría con el dolor de garganta. Pero Fernando no quería saber nada. En el otro lado de la ventana veía como sus amigos jugaban sin hacer caso de los consejos y ninguno de ellos estaba enfermo.

— Son jóvenes y fuertes —le dijo la abuela Tere—, pero si no aprenden a cuidarse, su cuerpo se irá estropeando.

— Pues ya se cuidarán cuando se estropeen. ¿De qué sirve hacerlo antes?

— Nunca sabemos si alguna vez necesitaremos todas nuestras fuerzas para hacer frente a alguna enfermedad grave. Nuestros cuerpos son fuertes y pueden soportar muchas cosas, pero si no los cuidamos bien, terminarán estropeándose.

Pero Fernando no quería saber nada de los consejos de la abuela Tere. Le dolía la barriga y quería dormir, así que se envolvió con las sábanas de la cama y la abuela comprendió que lo mejor que podía hacer era dejarlo solo y se fue. Fernando intentaba no hacer caso del dolor de estómago que le retorció las tripas. Seguía enfadado y quería dormir para olvidarse de todo... cuando de repente oyó un grito.

"¿Qué ha sido eso?", se preguntó.

Sacando la cabeza por la puerta oyó cómo su madre chillaba mientras pedía a Celia que llamara al 112 para pedir una ambulancia.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Fernando, que salió al comedor medio mareado.

— ¡La abuela Tere! ¡La abuela Tere! —repetía su madre con el rostro desencajado.

Entonces Fernando vio su abuela tendida en el suelo sin respirar.

— ¿Está muerta? —preguntó asustada Celia.

— No —dijo Fernando. Tirándose sobre su abuela hizo una de las cosas que ella le había explicado: "cuando alguien se caiga al suelo inconsciente debes mirar si respira. Pon la palma de la mano ante su boca y notarás su aliento. Si respira ponlo de lado para que si vomita no se pueda ahogar".

— ¡Pero no respira! —gritó Celia.

"Entonces tienes que poner el talón de la mano en el esternón, en el centro del pecho, justo por debajo de los pezones. Después deberás hacer fuerza y presionar el pecho hacia abajo 30 veces, de manera rítmica y sin detenerte. Cuando termines, vuelve a mirar si respira, y si no lo hace, abre la boca con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y acerca tus labios para darle tu aire".

Fernando lo iba haciendo todo lo tal como recordaba que le había contado la abuela, y al poco oyó la sirena de una ambulancia. Enseguida aparecieron dos hombres que cargaron la abuela en una camilla y se la llevaron.

Cuando desaparecieron, Fernando aún estaba más mareado que antes. No podía ni imaginarse que podía perder a su abuela, y todo el tiempo que esperó con la familia en el hospital estuvo temblando. Pero de repente, un médico entró por la puerta y se acercó con una sonrisa, diciéndoles que la abuela Tere estaba bien. Alguien la había salvado.

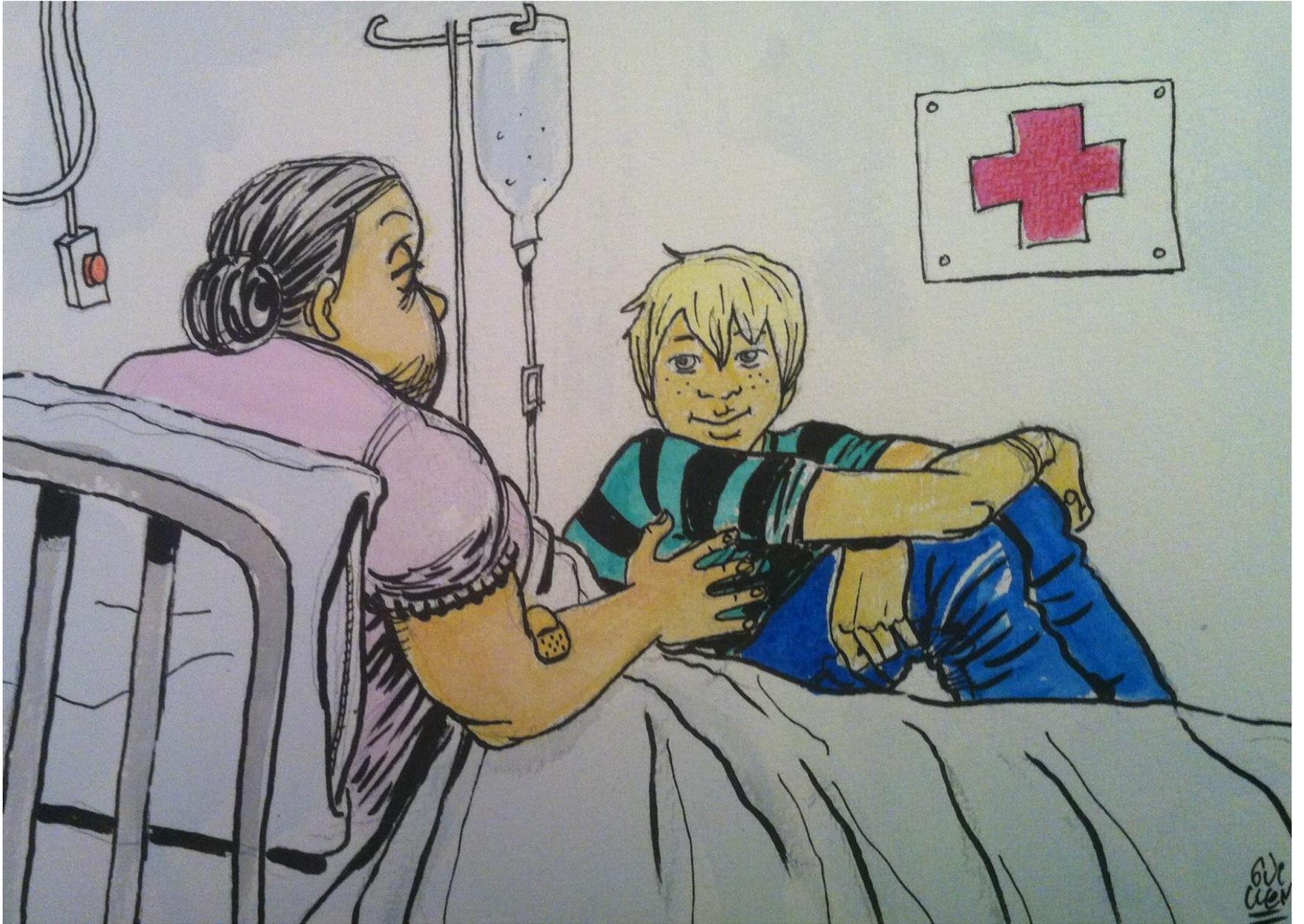
La familia respiró aliviada, pero Fernando se moría de ganas de entrar en la habitación de su abuela y el doctor le dejó pasar. Cuando la vio tuvo que contenerse para no tirarse a sus brazos, pero la abuela también tenía ganas de abrazarlo, así que apartó un poco aquellos cables que siempre enganchan en los hospitales, para dejar que se acercara.

— Gracias —le dijo la abuela con los ojos emocionados—. Me has salvado la vida.

— Yo sólo he hecho lo que tú me enseñaste —respondió Fernando.

— Y lo has hecho muy bien —insistió la abuela—. Has hecho el trabajo de mi corazón cuando este se ha detenido. Has sido un gran médico.

Entonces Fernando comprendió la importancia de lo que acababa de hacer y volvió a recordar que ser médico era el mejor oficio del mundo. Podía devolver la vida a la gente que quería, y pensaba perseguirles y aconsejarles tanto como fuera necesario para que todos estuvieran bien sanos a su lado. Había entendido que lo importante era cuidar el cuerpo, y sabía que el de la abuela se recuperaría rápido porque estaba fuerte y sano.



Efectivamente, la abuela se curó enseguida, y vivió lo suficiente como para ver que los años pasaban y que Fernando se convertía en un médico de verdad. Tenía muchos pacientes que lo visitaban, pero lo primero que les enseñaba a todos era aquel consejo de la abuela Tere.

"Tienes que enseñar a la gente a cuidarse. Que aprendan a reforzar las defensas cuando viene la época de los resfriados, hidratarse cuando hace sol, protegerse la piel con protector solar en verano en la playa, que coman bastante fruta fresca y verduras que les cuidarán el cuerpo, que duerman lo suficiente y que de vez en cuando respiren el aire puro de la montaña, sin olvidarse de hacer un poco de deporte.

— ¿Con todo esto ya es suficiente? —le preguntaban siempre los pacientes.

— Eso, e intentar siempre ser feliz —respondía el doctor Fernando—. ¡Entonces sí que estarán sanos!

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 

HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA